

Madrid, 3 de abril de 2008

Querido José María:

Desde hace unos años, y cada día con más frecuencia, oímos comentarios que contienen la palabra filosofía. Por ejemplo, se habla de la filosofía de tal o cual proyecto gubernamental, de la filosofía de empresa, y de lo que es más significativo, y que en este caso nos concierne a todos, de esa máxima de tomarse “la vida con filosofía”. Suficiente razón, según me hizo saber el redactor jefe del periódico en el que sabes que trabajo, para que me aventurara a una labor tan compleja como tratar de hacer una serie de artículos quincenales en el suplemento del domingo para “aconsejar” a los lectores sobre normas de conducta filosófica. Ahí nada. ¿Qué te parece, José María?

Me dijo, debo advertirte que es un hombre muy redicho y de palabras “cultas” y las más de las veces grandilocuentes, que detrás de expresiones de esta naturaleza se esconde un significado en apariencia conocido, que aludiría a una especie de guía, de línea que subyace como garante de la bondad, ya sea de una empresa, de un proyecto o, sencillamente, y es lo más importante, de la propia vida de cada uno de nosotros. Sin embargo, tal significado, no siendo erróneo, coincidimos en el hecho de que encubre algunos matices que normalmente pasan desapercibidos y que, en el fondo,

desvirtúan, no ya la verdad de lo que la palabra o concepto “filosofía” significa, sino, ante todo, la propia importancia de lo que, en tanto actitud, que es lo fundamental, quiere significar y ser la filosofía. En ese mismo momento me dijo, y coincidí con él, que debía convertirse en una guía para, si me permites la expresión coloquial entre nosotros, querido amigo, llevar “una buena vida”.

Comprenderás que la tarea a la que me enfrento es ardua. Es evidente que, por lo pronto, se desprende una acepción de la filosofía en tanto carrera universitaria que teóricamente faculta para dedicarse a su enseñanza (no en mi caso, por cierto, como bien sabes) En el mismo sentido, una asignatura que todos los escolares deben superar en sus estudios, en uno u otro momento, en la mayoría de los casos para su desgracia. Ya sabes ese chascarrillo del profesor de filosofía que al acabar la clase dice: “Si ustedes me han comprendido bien, es que me he explicado mal”. Detrás de ello podemos entrever una acepción teórica de la filosofía que suele concretarse en la historia del pensamiento de los grandes filósofos. Esto ha dado lugar a una literatura específica con todas las dificultades de comprensión que ello conlleva para el no iniciado y que, por tanto, según se encargó de advertirme mi redactor jefe, debía de obviar en los artículos periodísticos.

Evidentemente, él quería que recogiera la idea que, casi por consenso, afirma que la cuestión fundamental que afronta la filosofía —la raíz de la que beben todos los filósofos— es preguntar y, consecuentemente, responder a la cuestión de cuál es el sentido de la existencia (casi nada) Juzgar si la vida vale o no vale la pena vivirla. En definitiva, si la vida tiene o no tiene un sentido, y si lo tiene, desentrañar cuál es.

A partir de ese momento, querido José María, me

puse a trabajar con ahínco. Es cierto que de joven me había licenciado en filosofía y, por tanto, el tema no me era ajeno. Sin embargo, la tarea significaba revisar cada uno de los principales autores y embarcarse en la lectura de cientos de libros, ¡y no exagero!, además de consultar mis apuntes de estudiante y cuantas notas y reflexiones sobre filosofía he acumulado a lo largo de mi vida.

Partí, como no podía ser menos, de plantearme cuatro cuestiones que es preciso tener en cuenta al inicio de cualquier búsqueda filosófica para tratar de dar un sentido a la existencia, que sistematizó por primera vez el filósofo alemán Immanuel Kant. La primera, ¿qué puedo conocer? Ello supone que si bien es cierto que podemos conocer ciertas cosas, también existe un límite al conocimiento del hombre: por un lado, su propia limitación y, por otro, la finitud y límite de lo cognoscible, que no es abarcable en su totalidad.

La segunda cuestión consiste en responder a la pregunta ¿qué debo hacer? El hombre es un ser constitutivamente activo y ético. Es sujeto y objeto de la moralidad; consciente y libre, ya que puede decidir sobre sus actos y sobre su vida. Por ello, se plantea qué es lo que conviene hacer, qué es lo que debe hacer. Ahora bien, todo dependerá de lo que se quiera o se pueda hacer de la propia vida. Mejor aún: de lo que se deba hacer con la propia vida. Pero en tanto que el sentido de la vida no es algo evidente, la pregunta queda sin respuesta por el momento.

La tercera gran cuestión es plantearse qué me cabe esperar. Esto supone que puedo esperar algo más allá de los límites finitos de la temporalidad de la propia existencia. Pero, ¿qué es ello? A esta pregunta no puede responder la filosofía, sólo puede responder la religión. Si puedo esperar algo más allá de los límites y fronteras

de la temporalidad, la vida, o mejor, la existencia humana, con sus ansias de trascendencia y sus ineludibles tendencias hacia un más allá, encontrará una respuesta adecuada a su sentido y a su significación en aquello que constituya el objeto de su esperanza. Pero, permíteme, creo que no se trata tanto de saber si hay vida después de la muerte, sino que haya vida, con mayúsculas, vida buena, antes. O sea, ahora.

Y termina Kant con la pregunta, ¿qué es el hombre?, al tiempo que razona que no es posible encontrar una respuesta adecuada a las anteriores preguntas sin antes responder a esta última. En efecto, si supiésemos con absoluta certeza qué somos, qué es el hombre, sabríamos cuál es nuestro destino, el sentido de nuestra vida, lo que podemos conocer, lo que debemos hacer y lo que nos es lícito esperar. Pero, ¿qué es el hombre? ¿Quién puede afirmar con seguridad una respuesta? De forma rotunda nadie. Sin embargo, es evidente que debía adentrarme en esta cuestión fundamental dedicándole un apartado específico, aunque toda la reflexión que podamos hacer a partir de ahora impregnara cada uno de los artículos periodísticos.

¡Se pueden decir tantas cosas! Se ha dicho que en el hombre todo son paradojas. Somos el más indefenso e inadaptado de los animales y, sin embargo, suplimos esta debilidad con la inteligencia hasta convertirnos en los dominadores del mundo, aunque frustramos muchas de nuestras grandes posibilidades por no saber convivir con el resto de hombres. Pero lo más típico es nuestra insatisfacción con todo estado que alcanzamos, por bueno que sea. Es evidente que existe una contradicción entre los grandes dones que poseemos y la miseria en que, de hecho, en gran parte estamos. Por ello que es patente la “sospecha” de que no podemos estar llamados a ser siempre como ahora, de ahí que se

diga del hombre que es un ser esperanzado, que aspira a convertirse, algún día, en un ser absolutamente feliz consigo mismo.

Por otro lado, es evidente que el encargo del redactor jefe perseguía que atendiera de forma especial a la acepción que coloquialmente utilizamos del término “filosofía” en un sentido, que, como señalaba, viene a significar y entroncar con la que bien podría considerarse la primera u originaria formulación de este término: algo tendente a constituirse en guía de la acción, en arte o habilidad para conducirse adecuadamente. Una acepción práctica, lo cual no quiere decir que no deba ser producto de una reflexión, sino todo lo contrario. Dicho de otra manera, llevar la filosofía a la práctica del día a día, tomarse la vida con filosofía. Dicho con otras palabras: ¿cómo vivir del mejor modo posible?

Para incidir en este sentido, me he propuesto, querido José María, tomar en consideración las que considero reflexiones más oportunas a las que han llegado los filósofos desde el más remoto origen hasta la actualidad, en un ejercicio que pretendo que no se centre en un modelo único.

Dicho en otras palabras, si cada filósofo lo que hace es presentar un modelo de vida, una forma de enfrentarse a lo que nos rodea, este trabajo debe consistir en conjugar a gran parte de ellos, y no para extraer un modelo unívoco, sino para presentar una serie de herramientas que a cada uno de los lectores le pueda servir para, por sí mismos, encontrar su modo de vida adecuado; para tomarse, en definitiva, “la vida con filosofía”. Siempre, es evidente, icómo no!, desde un enfoque personal, pero con nuevos datos y aportaciones para que la elección pueda ser más satisfactoria.

Estoy convencido, amigo José María, de que, aunque no seamos conscientes, detrás de cada persona hay

una filosofía de vida, una perspectiva, interpretaciones personales, aunque normalmente no se repara en ello. Sólo al poner el acento, sólo al decir que “hay que tomárselo con filosofía”, nos hacemos partícipes a nosotros mismos de cuáles son nuestras actitudes y eso es fundamental, yo diría que imprescindible. Comprender la “filosofía” que damos a nuestra vida, sacarla a la superficie para que podamos analizarla y trabajar sobre ella, puede ayudarnos a abordar e incluso solventar muchos problemas que nos acucian. Por eso, al menos en este sentido, estos artículos servirán para algo. Y recordemos que, en el fondo, la cuestión filosófica siempre ha sido una pregunta vital: ¿cómo debemos vivir para ser dichosos? O sea, un factor personal, psicológico, individual de cada uno de nosotros, aunque también cuenta el denominado clima intelectual de una época (de lo cual creo que casi nunca se es consciente) y que nos arrastra moldeando nuestras actitudes y expectativas. No se debe obviar, además, el hecho de que algo gusta en función de las expectativas que se tienen de antemano.

En primer lugar, me parece obvio que hay que desentrañar el papel que muchas instituciones, pedagógicas y culturas tienen en tanto que instituciones autoritarias y represivas. Dicho de otro modo, como factores que dificultan, cuando no imposibilitan, el libre desarrollo personal. Reconozcamos al menos que, en tanto nos hemos educado inmersos en ese “clima cultural”, no somos conscientes del papel que juegan, impidiéndonos una perspectiva más amplia de nuestra propia realidad.

Cuando venimos a este mundo somos una pizarra en blanco, en la que se escriben valores y prejuicios sin sentido crítico por nuestra parte, que pocas veces sometemos a revisión. Como bien dice Isabelle

Filliozat, la idea de un orden natural en el que cada uno ocupa el lugar que se merece es una de las piedras angulares de nuestro sistema social. “Todas las porras del mundo no bastarían para mantener un orden basado en la explotación y la opresión, si éstas no estuvieran interiorizadas por sus víctimas más directas. Ya hace mucho que los más explotados habrían cambiado un orden totalmente irracional, que ellos son los primeros en padecer, si la escuela, los medios de comunicación y toda nuestra cultura no tendiera a hacerles creer que son incapaces de pensar y actuar”.

Muchos son los que coinciden al señalar que, en primer lugar, es necesario un cambio personal para que, posteriormente, éste pueda producirse en los niveles social, político y económico. Por lo tanto, se trata de una revolución íntima, sobre la que sí tenemos tanto posibilidades como responsabilidad. Y es que siempre, recordemos, se han barajado como únicas esas dos posibilidades: revolución-transformación personal, o social. Lo que ha variado ha sido el orden: si hacer primero la revolución exterior, que permitiría la personal, (por ejemplo es lo que plantea el marxismo) o lo contrario.

Tomarse la vida con filosofía se constituye en un estilo de vida, no en una ideología determinada, aunque sí implique una actitud, una forma de vida. La filosofía puede, y debe, hacernos fuertes para combatir la adversidad humana, no mediante el olvido de los males, o de su ignorancia, como tampoco adormeciéndolos o paliándolos, ya sea a través de la consolación como del contentamiento. En este sentido, es claro que la filosofía no debe engañar, sino su contrario: desengañar.

Sin embargo, ya desde el primer momento de iniciar mi tarea, he tenido claro que nadie puede esperar gran-

des bienes, por decirlo así, sino más bien torturaciones. Se da la paradoja cierta de que la simplicidad hace la vida más grata, aunque esta simplicidad no se puede elegir. Además, a quienes va dirigido mi trabajo, querido José María, no son este tipo de gentes. Es evidente que quien vaya a leer los artículos no serán personas “simples”, ya que de serlo no se interesarían por ellos.

Me dije, conforme a la regla prioritaria en periodismo, que los artículos, a pesar de su dificultad intrínseca por la temática que abordan —reflexionar sobre la vida no es hablar de fútbol o de moda—, deben despertar curiosidad. No obstante, y digo esto porque me parece escucharte en este momento, amigo José María, al menos hay dos clases de curiosidades: una interesada, que nos empuja a querer enterarnos de lo que puede sernos útil; y otra, de orgullo, que procede del deseo de saber lo que los demás ignoran, pero de esta segunda, está claro, debo huir.

Me resuenan en la cabeza unas sabias palabras de Fichte, que dijo que la filosofía que uno procesa depende de la clase de hombre que se es: el que tiene alma de esclavo acepta que el mundo es como es y procura adaptarse a él; el que tiene alma de señor, de ser libre, no se conforma con que el mundo sea como es, sino que lo vive como un obstáculo y lo transforma.

Un trabajo como el que pretendo hacer parte de reconocer la propia dificultad intrínseca que supone alcanzar la “verdad” de las cosas. Como dice el chascarrillo: “La verdad absoluta no existe y esto es absolutamente cierto”. Además, no podemos olvidar que nuestro juicio es voluble e inseguro por el desorden e incertidumbre que cada cual experimenta íntimamente. ¿De cuántas maneras diferentes no opinamos, cuántas veces no cambiamos de parecer? Es evidente que nos contradecemos muchas veces, que normalmente

damos más valor a la última idea que hemos tenido, por el simple hecho de ser la más reciente. También ocurre que el hombre admira y se fija más en las cosas extrañas que en las ordinarias, al tiempo que condenamos todo lo que se nos antoja extraño y lo que no comprendemos. Otra paradoja. Debemos reconocer que la presunción es nuestra enfermedad natural y primera. Nos sucede como a las espigas: van elevándose y levantan las cabezas derechas y altivas mientras están vacías, pero llenas y repletas de granos, en su madurez, comienzan a abatirse. A dar de lado a la presunción. Como dijera Víctor Hugo, en los ojos del joven arde la llama, mientras en la de los viejos brilla la luz.

Como ves, querido José María, me he embarcado en una ardua tarea, de la que no sé si saldré a flote. Como amigo, confesor y confidente que eres, te iré informando. De sobra está que diga que confío en tus aportaciones, en tu ayuda. La necesito.

Madrid, 15 de abril de 2008

Querido José María:

Gracias por tu llamada telefónica. Quiero que sepas que te agradezco esta deferencia, aunque, para decir la verdad, tus palabras me dejaron muy afectado, tanto que en ese momento ya viste que no pude reaccionar.

Me dijiste que la filosofía, por su esquematismo intelectual, apenas tiene hoy mensaje para el hombre cotidiano. Que no son palabras añejas lo que pide el hombre, sino propuestas para salir airoso de la maraña de asuntos y de cosas en que se ha convertido su vida. Un hombre que, normalmente, no hace lo que quiere, sino lo que puede, me dices que no está para demasiadas aventuras filosóficas.

¿Qué puedo decirte? Visto así, tienes tanta razón que al desánimo que me contagiaron tus palabras no he sabido reaccionar hasta hace dos días. Pero ahora, estoy de nuevo convencido de la oportunidad de este intento por acercar la filosofía al hombre de la calle. Y te cuento por qué, aunque parezca apenas una anécdota. Anteayer salía de casa para comprar tabaco y, como iba rumiando en mis pensamientos, no me di cuenta que venía un coche. Cuando me quise dar cuenta, lo tenía encima y suerte que pude dar un brinco y evitar que me arrollara. En ese momento comprendí que a cada décima de segundo estamos tomando decisiones,

aunque no seamos conscientes de la inmensa mayoría de las elecciones que tomamos. En ese momento, querido José María, tomé la decisión de seguir vivo, que bien pude tomar la contraria y seguir cruzando la calle. ¿Te das cuenta?

Para salir airoso de las decisiones que debemos tomar, toda ayuda y reflexión es poca, aunque al final sólo en nosotros está la decisión última. Lo que nos aqueja a ti y a mí, al común de los mortales, no es tan diferente. Como dice el chiste, no todos los hombres somos iguales, pero ¡ah! ¡cómo nos parecemos! Sobre estas cuestiones ha reflexionado el hombre desde que alzó sus manos y no es baladí tener en cuenta como compañeros de viaje estas opiniones, como necesita el bebé a sus padres.

Tú mismo me lo decías, cuando con ánimo diferente a éste, me referiste la imagen del hombre que daba Stephen Crane en unos versos muy duros: “En el desierto vi una criatura desnuda, bestial, que arrastrándose por el suelo, llevaba en la mano el corazón y comía de él. Le pregunté: ¿es bueno, amigo? Me respondió: Es amargo, muy amargo, pero me gusta porque es mi corazón”. Puede que sea el hombre el ser que se come su propio corazón. Un ser egoísta que sólo mira su supervivencia, mientras cava su tumba. Pero precisamente por ello necesita filosofía, sabiduría. Todo menos aceptar mansamente la derrota de la existencia humana. No mientras, cuando llega el coche, decidimos subir a la acera y todavía seguir viviendo.

En la mayoría de los casos, querido amigo, interpretamos mal el mundo y la vida y luego le echamos en cara que nos ha engañado. Conocer, compartir reflexiones, no es baladí. Y lo que intento no es otra cosa. No es, por supuesto, ofrecer falsos antídotos contra la enfermedad de ser hombre. Eso no tiene solución.

Sólo, José María, es sentarme en una mesa camilla con personas como tú, con libros en los que han dejado su voz hombres sabios como Platón, Nietzsche o Adorno, y llevar la conversación hecha palabra a quien se aventure a leer los artículos del periódico. Como ves, tanto y tan poco.

Pues bien, como te decía, llevo dos días vuelto a la tarea. Y si empecé de una manera vamos a decir ingenua, ahora totalmente consciente. El desánimo que me causaron tus palabras, una vez han destilado su mensaje, me ha servido de acicate. Es más, con nuevos objetivos y direcciones. Te parecerá absurdo, aunque creo que a estas alturas ya me conoces lo suficiente y lo mucho que me gustan los chistes, pero me vino a la cabeza esa historia de la profesora que le pregunta a un alumno si el mundo es plano o redondo y el niño le contesta: “Ni plano ni redondo. Mi padre dice que es un desastre” Ya no quiero ser esa maestra, sino ponerme en la piel del padre o la madre que no puede por menos que desentenderse de lo que al fin y al cabo es intranscendente, que sea plana o redonda la tierra, y eleve la voz para clamar lo que además de evidente es urgente atender: que este mundo deja mucho que desear.

He pensado encabezar la primera serie de artículos con el título “De sabio a amigo de la sabiduría”. Te cuento y tú me aconsejas.

En ellos quiero dejar sentados los pasos previos antes de entrar en la angosta profundidad de la filosofía práctica. Así, obviedades como que el término “filosofía”, desde el punto de vista etimológico, significa “amor a la sabiduría”, entendiendo por sabiduría la habilidad para practicar una operación determinada. Por tanto, un arte y una inteligencia. Una actitud que conjuga, al tiempo, tanto los conceptos de prudencia como el ser juicioso. En otras palabras, un saber pro-

fundo y operativo para enfrentarse a las cosas, y ante todo, a la vida. Una vida que hemos de inventar, pues no nos sirve sólo el dejarnos llevar por las costumbres, los hábitos, las convenciones o las decisiones que los demás toman. Es cierto que muchas cosas se nos imponen, que no somos libres para elegir alguna de las cosas que nos ocurren, pero sí somos libres para responder a lo que nos pasa de un modo u otro (obedecer o rebelarnos, ser prudentes o temerarios, vengativos o resentidos, etc, etc)

Pero, sobre todo, quiero señalar desde un principio una distinción fundamental para clarificar el desarrollo posterior de los artículos que compondrán la serie. Por ello debo retrotraerme muchos siglos atrás y sentar las bases históricas y conceptuales, conocer, aunque sea de forma mínima, los inicios de la filosofía.

Las primeras noticias que tenemos sobre nuestros antepasados, como bien sabes, no nos hablan de la existencia de filósofos (o sea, su traducción etimológica: “amigos de la sabiduría”), pues ese término todavía no se había acuñado, sino de “sofos” (sabios) Hubo que esperar hasta el siglo V antes de Cristo para que se acuñara el término “filósofo”. Hay que tomar en consideración, aunque pueda parecer insignificante a primera vista, el cambio que esto supone. Evidentemente, no es lo mismo considerarse sabio (“sofos”) que amigo de la sabiduría (“filósofo”) El primer término nos habla de una posesión, de un logro efectivo, de que aunque fueran pocos, existían sabios. Después de ese siglo señalado en Grecia, lugar de origen del término “filosofía”, ya no se volverá a hablar de sabios o “sofos”, sino de “filósofos”, o sea, de amigos de la sabiduría, de personas que buscan alcanzar la sabiduría, porque se acercan a ella, son amigos, pero que dramáticamente nunca alcanzan a constituirse como sabios. Cuando más, se

les considerará filósofos, tampoco a muchos, dicho sea de paso.

Este detalle, que podría parecer poco importante, revela y es constitutivo de una de las separaciones o diferencias entre filosofía occidental, la nacida en el entorno de Grecia y de la que somos todos nosotros hijos culturales; y la filosofía oriental, que, para nuestros menesteres, diremos, sin más especificaciones, que es todo el resto de filosofías. Esta separación no es geográfica, sino mucho más significativa. Mientras en lo que llamamos Occidente se acepta con humildad que en el hombre hay un anhelo inalcanzable de saber, nunca realizado por completo, en las filosofías orientales todavía hoy se habla de sabios, de gurús, de iluminados.

En ambos casos, el ser humano ha pretendido desentrañar la naturaleza de toda la realidad existente, incluso de sí mismo. Sin embargo, la filosofía occidental acepta que ninguno de sus sistemas hallados, e incluso ni los que puedan venir en el futuro, ninguno de sus resultados, ninguna de sus filosofías, y por tanto de sus filósofos, han dado una explicación definitiva. Ninguna se puede considerar definitiva o cierta por completo. Por el contrario, cualquiera de nosotros puede constatar que todavía hoy en la filosofía oriental o las tradiciones sapienciales y místicas se habla de sistemas cerrados, de verdades, de sabios o gurús.

Detrás de esto hallamos una consideración dramática propia de la filosofía occidental, en tanto ésta confiesa que nunca lograremos alcanzar la sabiduría absoluta. Pero también encontramos un estímulo por el simple reto de que a todos los humanos nos estimulan precisamente las empresas más difíciles, si no las imposibles.

Además, esta diferencia presupone una responsabilidad individual radical: nadie, salvo nosotros mismos, hemos de determinar a cada paso nuestras elecciones y cómo configurar nuestro paso por la vida. No existe un modelo al que, aunque conformáramos por completo nuestras reflexiones y práctica cotidiana, nos propiciara el acierto y con él la “felicidad perfecta”, a no ser que entendamos este concepto como la renuncia a la propia libertad o determinación de nuestros actos y nos pleguemos a constituirnos en miembros de una “secta”, de una ideología que nos anulara como seres únicos e irrepetibles (que eso es lo que somos)

Pero no es ésta la única limitación ni frustración que admite la filosofía occidental. Así como podemos decir que la filosofía nace emparentada con la pedagogía, con la educación de nuestros semejantes (los primeros filósofos eran una especie parecida a los profesores o maestros actuales), es sin embargo inenseñable, por lo inalcanzable de su objetivo y complejidad. No se deja enseñar. Las virtudes, la excelencia, no se pueden enseñar. Todo lo más mostrar. Ahora bien, nadie discutirá que la filosofía puede enseñar a pensar por uno mismo. Desde luego, el trabajo de pensar es interminable.

En otras palabras, debo aclarar en mis artículos que no se trata de transmitir enseñanzas, sino de inculcar la necesidad de buscarlas por uno mismo. Y recuerda: pensar no es argumentar (dar razones para algo) sino reflexionar (dar que pensar). Es problematizar lo obvio, lo natural, lo normal, lo razonable, lo establecido. Es así que la filosofía tiene una finalidad radicalmente práctica: pensar, hacer del pensamiento una experiencia de conocimiento, encontrar razones que guíen nuestro comportamiento. Por tanto, si quiero ser veraz y que los artículos no llamen a engaño, el único objetivo es postular un hombre activo. Aquello tan

manido “por repetido” de no dar un pez sino una caña de pescar y tratar de enseñar su manejo. No obstante, esta aclaración no obvia afirmar con rotundidad que siempre que hay una relación maestro-discípulo, una relación profunda, humana, sabia, existe una transmisión filosófica. En cualquier orden de la vida, remendando zapatos o enseñando matemáticas, se está haciendo filosofía. Esta es una de las contradicciones aparentes: la filosofía no se puede enseñar y, a la vez, es lo que no puede dejarse de producir cuando hay una relación maestro-discípulo. Cuando se enseña humanamente a alguien, se está haciendo filosofía.

También quiero abordar como premisa inicial, sin duda en uno de los primeros artículos para el periódico, un apartado que bien podía llevar el título de “Discusión pública”. En él quiero entroncar con otra de las características distintivas y diferenciadoras de la filosofía occidental respecto a otras filosofías. Decía, a propósito de la génesis u origen del término “filosofía”, que éste se acuña alrededor del siglo V a C. en Asia Menor, sobre todo en lo que hoy conocemos como Grecia. Lugar y época que se caracteriza porque también supone el inicio del asentamiento de colonias de población numerosa, del nacimiento de la ciudad (de lo que en palabras griegas se recoge bajo el término “polis”), y que fueron una especie de ciudades-estado. Hasta entonces, los hombres eran prácticamente nómadas y el hecho fundacional de la ciudad es lo que trae como consecuencia el que se produzca el salto ya mencionado, originando el nacimiento del filósofo y con él de la filosofía. Lo que está claro es que surge una forma de hacer filosofía que será característica, desde entonces, hasta nuestros días: la discusión pública.

En todos nosotros se encuentra imbuido el pensamiento de que la reflexión es un proceso interno, indi-

vidual y caracterizado de soledad, de aislamiento. Que es preciso, utilizando metáforas de tan perenne uso, retirarse al campo, al desierto, en tanto éste hace referencia a la soledad. Y por otro lado, también se alude a que los procesos de descubrimiento, sea éste el que sea, ocurren por esfuerzo personal e íntimo, esa “bombillita” que se enciende de pronto y nos hace ver lo que hasta entonces estaba velado.

Esta concepción es heredera, posiblemente, de una visión del hombre que atañe sobre todo a su carácter místico y a tradiciones de esas que he ido calificando, por cierto sin ningún matiz peyorativo, como orientales. Esto, que no es si no reflejo de una actitud, lo podemos traducir literariamente como monólogo. A saber, un habla personal, individual, cerrada en uno mismo.

Por contra, y retomamos esa situación de fundación de la polis o ciudad, en el momento en que las agrupaciones humanas se vuelven importantes, se produce una ordenación en muchas facetas, entre otras en las relativas a la comunicación, la ordenación política y social y el ejercicio de la convivencia. Se fundan foros de discusión, de toma de acuerdos, y en ese momento adquiere inusual importancia el ejercicio del habla, de la retórica. Consecuencia de ello será el que la filosofía adquiriera un papel práctico y un protagonismo público: que los filósofos se inserten en la vida cotidiana de las ciudades no sólo para enseñar y transmitir sus conocimientos y saberes, en tanto maestros formadores de la juventud griega; sino, además, para ser oradores capaces de defender cualquier opinión, aún contradictoria o falsa, por ejemplo en los tribunales.

Frente a estos profesionales del habla, los conocidos bajo el término de “filósofos sofistas”, se alzan personajes tan importantes en la historia de la filosofía como Sócrates y Platón. Pero, a pesar de ello, el movimiento

ya estaba en marcha y de manera imparable hasta nuestros días. Desde ese momento, en la filosofía occidental, pasa a ser la forma privilegiada de discurso el diálogo. Recordemos su significado: habla entre dos, aunque el número no sea excluyente, sí la consideración de habla entre varias personas, incluso cuando en la forma no se produce. Así, aún en el ejercicio individual de la escritura, se ha de realizar imaginando un potencial contrario. A éste hay que presentarle los argumentos e ir recogiendo sus réplicas. Réplicas que el propio escritor ha de prever, y salvar así las posibles dificultades o contrarréplicas que el lector podría hacerle si estuviera frente a él. En otras palabras, alcanzar el conocimiento, el saber o la verdad, todos estos términos alusivos, se considera desde entonces que básicamente se logra mediante la discusión, la confrontación de ideas, el debate público.

Con esto nos encontramos, desde luego simplificándolo mucho, con otra de las características diferenciadoras respecto a la filosofía oriental. Además de la ya reseñada cura de humildad de reconocer que nunca se acaba por ser sabio y que no existe ninguna filosofía que aúne toda la verdad, está la de concebir la reflexión en común como la forma de alcanzar el saber. Frente a ello, se mantiene la postura de las filosofías orientales, que conciben la soledad y la introspección, como la fórmula de progreso y la derivada consecuencia social de no someter a confrontación las ideas, sino “exigir” que sean aceptadas casi como un acto de fe. Si se reconoce a determinado gurú como sabio, sus enseñanzas no se pueden discutir, sino, sencillamente, aceptarlas en tanto se cree en él.

Reflexiones que ejemplifican lo que podríamos definir como causas, que se dan en un momento histórico concreto, que llevan a la separación entre filosofía occi-

dental y oriental. Pero además creo necesario, dando desde luego un salto histórico enorme, señalar una última característica relevante para el propósito que busco. Desde el origen del hombre, éste, ante la curiosidad que siempre ha sentido ante cuanto le rodea, ha elaborado diferentes respuestas. Entre ellas, la más recurrente, ha sido formular la existencia de un Dios (monoteísmo), o varios (politeísmo), como explicación a cuanto no se comprende o a la grandeza, parece que no al alcance de un mortal, del cosmos y de cuanto en él ocurre. En definitiva, aunque sea de forma superficial, creo que debo dedicar un apartado a las religiones.

En concreto, reconocer un cambio fundamental que tiene lugar en Occidente al final de la Edad Media en la religión mayoritaria entre nosotros, el cristianismo. Hasta entonces, la religión no era meramente una creencia más junto a otras, sino que constituía un todo omniabarcante. A partir de entonces, el cristianismo queda constituido como “pura religión”, como creencia intimista y subjetiva, cuyo postulado es la salvación sobrenatural. Por el contrario, frente a ella, manteniéndose hasta la actualidad, religiones como el islamismo, judaísmo, budismo o hinduismo, siguen sintiéndose a sí mismas como cultura y civilización. O sea, como normas de explicación y comportamiento no sólo individual sino social.

Y esto, como las dos características anteriores, inalcanzabilidad de la sabiduría y conciencia de que el camino se debe andar a través del diálogo, tiene un momento histórico concreto y unas causas sociales igualmente posibilitadoras del cambio: el surgimiento de las nuevas ciudades medievales, íntimamente ligadas al desarrollo del comercio. En ellas, el individuo se disocia entre el mundo de la vida, marcado como sabemos por el dinero (no nos engañemos); y el de la indi-

vidualidad, o sea, del espíritu, la intimidad y la subjetividad: el espacio para la religión intimista. Momento histórico que se califica como inicio de la Modernidad. Entre otras consecuencias de este paso, nos trae la acción independiente del intelecto, que se lanza al campo de la investigación científica y técnica, dejando para la fe las cuestiones sobre las que antes se ocupaba la razón y en ellas agotaba sus fuerzas desatendiendo al dominio de la realidad.

Se dan dos diferencias, pues, respecto a la filosofía oriental, además de una consideración de entorno cultural en lo que se refiere a tradiciones todavía hoy marcadas por religiones omniabarcantes. No obstante, no pretendo con ello invalidar la oportunidad y conveniencia de atender a lo que nos es en principio ajeno. Todo lo contrario. En el contraste pueden surgir claves muy valiosas. Sin embargo, desde el principio, pesa más en la orientación de este trabajo la consideración de que, puesto que vivimos donde vivimos, nos pueden ser más cercanas las reflexiones que nuestra propia tradición, y los pensadores en ella inscritos, han concebido en tanto se han enfrentado a nuestras propias y comunes características sociales y culturales.

Llegado a este punto, y antes de dar forma escrita a estas reflexiones y avanzar en lo que debe ser el centro argumentativo de la serie total de los artículos, pensé, querido José María, a ver qué te parece, que sería conveniente abordar las que considero características definitorias de la filosofía occidental. Conocer sus reglas y exigencias, nos daría un marco común de juego y de diálogo, además de dar a conocer el “método teórico” que presupone la filosofía y, con ella, el “tomarse la vida con filosofía”.

En este punto, querido amigo, me acordé de unos apuntes que a este propósito guardaba de unas clases

magistrales de uno de mis mejores profesores cuando cursé filosofía en la Universidad de Barcelona, Ramón Valls. Le di forma de artículo y con gran ilusión se lo presenté a mi redactor jefe. Después de leerlo con interés, debo aclarar que éste además de periodista había cursado como primera carrera Filosofía, cabeceó negativamente. Le había gustado, eso de entrada, pero no lo veía atractivo para el lector. No porque estuviera mal redactado, aclaró, sino por su temática. Entendía que, como mucho, podía ser un artículo de complemento, una especie de apéndice. Total, que me dijo “guárdalo y ya veremos”. Por cierto, recuérdame que un día de estos te lo remita . Pero a lo que vamos, mi redactor jefe me ha pedido ahora que aborde lo que él califica como “precauciones”. Recuerdo sus palabras:

—Tal como te dije en un principio, se trata básicamente y en primer lugar de ejercer una mirada profunda que nos dé razón de ser de cuanto nos rodea, de nuestra existencia, de la vida —y me miró con tono fraternal—. Parece obvio que, ante todo, debes comenzar por clarificar cuanto sea posible la maraña de filtros y velos que encubren o, peor aún, desvirtúan la realidad haciendo de ella un disfraz que encubre su substrato (¿no te decía que es muy redicho?)

Como puedes comprender, amigo José María, estoy venga darle vueltas a la cabeza. Ya te contaré. Es evidente que te agradecería cualquier ayuda que me puedas dar, pues cualquier aportación es poca.